No hay por qué ocultar que Uña Juárez celebra y santifica la tierra. O al menos, diríamos mejor, la eterniza. No con un eternalismo gratuito o literario, sino depurando y aislando sus valores más autonómicos identificables. El novísimo juglar de Antemural tiene algo de cantor de poema del Mío Cid y no poco del Machado de Campos de Castilla. Pero la conciencia temporal e histórica sustancian, de alguna manera, las preocupaciones íntimas del poeta de hoy. Uña Juárez actúa desde una conciencia moral que no se opone a la estrictamente poética. Su voz arranca desde Villalar, "plaza mayor de soledades", aunque en línea distinta a la consideración de Noel de que fue allí donde se perdió el nervio de la raza. Sin embargo, el aire "heroico" no aparece en el poeta ni tampoco el puramente reivindicativo, sino en un nivel muy esencializado.

La Castilla que ha muerto, de algún modo, en la dinámica histórica, vive en el verso de Uña Juárez. Y la patética elegía que es Antemural, aparte de unas exequias de expiación de Castilla, es también una plegaria salvadora. Inevitablemente, la cierta retórica que manejamos no existe en el libro. El énfasis del tiempo, los lugares, los héroes y las cosas -Villalar, Cid de Vivar, Wellido Dolfos, El Escorial, Avila, Toledo, Zamora, el Duero, el Tajo o el Tera, etc.- se atienen únicamente a lo expresivo. Uña Juárez mantiene con singular destreza el ámbito mítico, pero rebaja las asociaciones gratuitas o muy decorativas. La Castilla de Octavio Uña está sujeta al recuerdo, a su propia existencia, con un temblor no muy dispar de Eladio Cabañero, que veía en La Mancha pasar los trenes por Ríozancara, o el Claudio Rodríguez, que oía el ruido del Duero en Zamora. Uña añade un contrapunto dialéctico -poniendo idealismo donde los otros sólo simbolizan o vivencian-, que da sentido a su metáfora sobre Castilla, la tierra que ha perdido la batalla del tiempo, pero no la poética existencia perdurable en los versos de su novísimo poeta.

Antemural es un libro redondo, en lo que tiene de "requiem" de Castilla, sepultado definitivamente en El Escorial, donde vino a morir, y en lo que tiene de poema metaexpresivo. El lenguaje de Uña Juárez contiene una innata clasicidad bebida en los modelos latinos y en los fray Luis de los Siglos de Oro, que evitan toda recurrencia, gracias a la cabal rotundidez del verso, a su flexible y madura sintaxis, a su instinto y vigilancia de los términos fósiles. En las ocho partes del libro, dedicadas a la Castilla histórica, a El Escorial, a las ciudades de la meseta, a los lugares familiares del autor, a las ventas y a los caminos de Medina, a sus maestros literarios y a las "lúnicas" y "lunas" de Alhambra, el poeta exhibe, junto al tono elevado, y la tersura del verso, un riguroso sentido del poema, y una exacta escritura, atemperada al ritmo lento o evocativo, siempre ajustado y feliz.

No es este poemario un simple tapiz coloreado de petos y lorigas o de fantasmas históricos que retienen su efigie un punto culturalista. Esta es una Castilla doblada de espigas y vista a través de los ojos del niño Octavio, que crece en el recuerdo, en una recreación limpia y culta con voluntad de álamo o ciprés, en la belleza de espléndidas imágenes y en su revelador rostro castigado, pero permanente de las tierras. Si magnífica es la primera parte "Poemario de Villalar", donde se insertan algunos poemas clave, en la segunda "De las repeticiones" destacan "Una cigüeña que cruzó Castilla", "Castilla es algo más que una metáfora", "Esta porción de albas congeladas", toda la serie "Junto al adobe" -la máxima expresión

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Cardo de bronce, El. #12, 12/1987.